



PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

TRANSFORMACIONES DE LA LITERATURA ESPAÑOLA DESDE
1850 Á 1868.—CAUSAS INTERIORES Y EXTERIORES

Las tertulias literarias.—La juventud de provincias en Madrid.—Las publicaciones periódicas.—Nuevas influencias transpirenaicas.—Cambios políticos y sociales de la nación.—Renacimiento católico.

DE recordado en otra parte que Saint-Beuve daba por definitivamente concluido en 1848 el ciclo romántico francés. Otro tanto cabe decir del español con las oportunas salvedades, porque en aquella fecha, y en los años inmediatamente posteriores, es cuando se comienzan á notar ráfagas de inspiración nueva, vislumbres de un arte distinto del hasta entonces generalizado, tendencias simultáneas en los autores y en el público á cambiar estilos y gustos, y á adoptar una orientación no bien definida al principio, y que viene á coincidir con las modificaciones lentamente verificadas en las esferas política, social y religiosa.

Los corifeos del romanticismo que aún vivían enmudecieron, como Zorrilla, ó se atemperaron á las exigencias del tiempo, como Hartzenbusch y García Gutiérrez, mientras los tópicos y extremosidades de la anticuada escuela fueron relegados á los novelesones, y no

010077

encontraban partidarios sino entre autorcillos de última fila, aunque, por desgracia, lograsen mucha aceptación.

La inopia de cultura literaria fué el carácter general de los románticos, y no pocos dejaron de serlo al entrar en el estudio horizontes cuya existencia no sospechaban. La edad, que no transcurre en vano para los ingenios superiores, el trato de personas eruditas, y aun el familiar de antiguos camaradas de colegio, contribuyeron á resarcir en algunos conspicuos miembros de la generación del año 35 los graves perjuicios irrogados por la ignorancia.

Cuando el Liceo desaparecía, y en la marcha del Ateneo se notaban síntomas de ostensible decadencia, los penates de la literatura se trasladaron al recinto doméstico, y las moradas de algunos prohombres políticos ó de meros literatos se vieron convertidas en academias del buen gusto, templos de Apolo y lugares de refugio para las musas, donde se derrochaba el ingenio en saladas improvisaciones, se discutían las obras de los contertulios, y se disertaba sobre temas de arte y erudición.

La más antigua de tales reuniones ¹ era la que semanalmente se constituía en la casa de D. Patricio de la Escosura, calle del Amor de Dios. Allí conferenciaban con D. Juan Nicasio Gallego, el mayor en edad respetado de todos los asistentes, los oradores, periodistas y poetas del partido moderado, tales como Pacheco, Nocedal, Donoso Cortés, Pastor Díaz, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega y Rodríguez Rubí, sin contar con otros no tan conocidos á la sazón, entre ellos Gabino Tejado y González Pedroso.

Casi todos los literatos que concluyo de citar, y muchos cuyas firmas constan en el periódico *El Belén* y en el libro *Las Cuatro Navidades* (publicados los dos en

¹ De ellas trata con detenimiento el Marqués de Molins en su libro sobre *Bretón de los Herreros* (caps. XXXVII, XL y XLI), del cual están tomadas las noticias que doy en el texto.

1857), y entre los que recordaré á Amador de los Ríos, D. Enrique Ramírez Saavedra, actual Duque de Rivas, D. Joaquín José Cervino, D. Aureliano Fernández-Guerra, D. Antonio Gi y Zárate, D. Juan E. Hartzenbusch, D. Modesto Lafuente, D. Francisco Navarro Villoslada y D. Eugenio de Ochoa, acudían á la tertulia del Marqués de Molins en los miércoles de todas las semanas. En ella hicieron gala de ingeniosidad y travesura los graves y sesudos hombres de Estado, los humildes jornaleros de la prensa, los versificadores oscuros y premiados, y los poetas de alto vuelo. Las tres octavas reales en que Ventura de la Vega explica el modo de hacer *las sopas de ajo*, el soneto de Bretón sobre igual asunto, y otros con pies forzados en que los dos insignes dramáticos y Hartzenbusch cantan las batallas de las Termópilas y de Waterlloo, y *Los cabellos de Sansón*, recaman lugar de preferencia entre los juguetes de nuestra antigua y moderna literatura, é indican además un estudio de la lengua y de los secretos ritmicos superior á todo encomio. No se olvide, finalmente, que *La muerte de César* fué leída y juzgada por primera vez en una de estas asambleas, en que hacía de anfitrión el Marqués de Molins.

Él es quien nos ha dado á conocer otras muy semejantes que convocaba el autor de *Don Alvaro*, y las que presidian D. Aureliano Fernández-Guerra y D. Manuel Cañete en sus respectivos domicilios. De las de Fernández-Guerra se habla también en el prólogo con que el entonces reputado crítico de *El Heraldo* autorizó *La Primavera*, de Selgas. Los tertulianos del futuro biógrafo y editor de Quevedo se engolfaban en disquisiciones de estética, análisis de obras clásicas antiguas y problemas de erudición, rindiendo á la vez tributo á las musas conforme al ritual de los siglos XVI y XVII. Uno de los jóvenes que allí leían versos era Antonio Arnao, cuya mejor obra fué quizá el haber contribuido á que los de Selgas saliesen de la obscuridad. En la morada de Ca-

ñete alternaron el pianista Morphi con el bibliófilo Zarco del Valle, Ventura de la Vega y Campoamor con el americano Baralt, que iniciaba á los demás en el conocimiento de la literatura del Nuevo Mundo.

La mayor parte de los poetas jóvenes no asistía á ninguna de estas reuniones doctas y aristocráticas, sino á la vergonzante del café del Príncipe, que sobrevivió poco á las del Liceo, y desde 1854 á la que sostenía con rumbo D. Gregorio Cruzada Villamil, y á la no menos famosa de café de la Esmeralda.

Cruzada fué el *alter ego* de Eulogio Florentino Sanz, á quien acompañó á Berín cuando el último fué nombrado secretario de la Legación española; pero no tardó en regresar á Madrid, donde le esperaba la colonia granadina, compuesta de escritores y artistas nacidos ó naturalizados en la ciudad de la Alhambra, que vinieron á la corte en 1854, y entre los cuales los había tan de buena cepa como José de Castro y Serrano, Pedro Antonio de Alarcón y Manuel del Palacio, para no hablar de otros menos conocidos. Todos ellos se congregaban en el piso principal de una casa sita en la calle de Lope de Vega, y próxima á la habitación donde compartían esperanzas y amarguras Luis Eguílaz, Antonio Trueba, el pintor Germán Hernández y algunos más. Fundidas las dos colonias en una, aprendieron los individuos de entrambas el arte de la esgrima en un salón destinado al efecto por Cruzada, y convertido después en local de veladas poéticas donde leían sus composiciones Núñez de Arce, Alarcón, Trueba y Florentino Sanz.

El café de la Esmeralda (en la calle de la Montera) fué otro punto de cita para la juventud diseminada por las Redacciones de los periódicos, las oficinas de los ministerios y las aulas de la Universidad; pero las divisiones políticas disolvieron aquel círculo de fraternidad literaria antes que las tertulias y los festines de Cruzada Villamil.

En las publicaciones periódicas de la época se la ve retratada con más fidelidad que en las parciales reminiscencias de literatura íntima, siempre vagas y de autenticidad discutible.

Los partidos moderado y progresista contaban, como en los días en que se constituyeron, con sus respectivos órganos en la prensa. *El Clamor Público* (1844-1864), dirigido por Corradi; *Las Novedades* (1850-1866), por D. Angel Fernández de los Ríos, y *La Iberia* (1854-1866), por D. Pedro Calvo Asensio, mantenían enhiesto el pendón de todas las libertades, incluso la de escribir mal, mientras *El Heraldo* en sus postrimerías (hasta el año de 1854), *La España* (1848-1868) y *La Epoca*, pagando y todo tributo á las modas más antiliterarias, abrían alguna vez sus puertas al mérito obscurecido.

El Contemporáneo (1860-1865), fundado por D. José Luis Albareda, se honró con la aureola de vívidos colores que le prestaba la colaboración de grandes ingenios, convertidos allí de crisálidas en mariposas, y entre los que sobrelían el insigne Bécquer y el ático Valera.

Los tres periódicos que representaban el llamado neocatolicismo eran de los mejor pensados y escritos, así *La Regeneración* de Canga-Argüelles y Aparisi, como *La Esperanza*, en que D. Pedro de la Hoz continuaba las tradiciones de Balmes, y *El Pensamiento Español*, de cuyas columnas salían vibrando las flechas del raciocinio y de la sátira disparadas por manos tan hábiles como las de Navarro Villoslada, Gabino Tejado y E. González Pedroso.

Las ideas republicanas, que se encontraban entonces en estado de incubación, fueron defendidas en dos diarios batalladores por Nicolás María Rivero y Emilio Castelar, ayudados por una turba de periodistas incipientes, satíricos los más de ellos. Así *La Discusión* y *La Democracia* sembraron la semilla de que habían de ser fruto los horrores de 1868.

A par de las publicaciones políticas, en que las le-

tras ocupaban puesto accesorio y como de prestado, existieron, desde 1850 á 1868, numerosas revistas con más vitalidad que las de ahora, y en cuyas colecciones viven archivados los productos del arte creador y de la crítica seria. Los últimos volúmenes de *El Semanario Pintoresco* (que feneció en 1857), y todos los de *La Ilustración* (1849-1857), acreditan la laboriosidad puramente mecánica de Fernández de los Ríos; pero la parte material de éstos es una verdadera lástima, una serie de caricaturas con andrajos. Casi lo mismo puede decirse del *Museo de las Familias* (1843-1867), eclipsado por *El Museo Universal* (1857-1869), que precedió á la actual *Ilustración Española y Americana*.

De las publicaciones no ilustradas toca la primacía á *La América*, fundada en 1857 por los hermanos Asquerino, que recogió las firmas de escritores y poetas pertenecientes á todos los grupos políticos, y justificó el nombre que llevaba vulgarizando la literatura de nuestras perdidas colonias del nuevo Continente. La *Revista Española de Ambos Mundos* (1853-1855), la *Crónica de Ambos Mundos* (1860-1863), la *Revista Ibérica*, verbo de los krausistas (1861-1862), la *Revista Hispano-Americana* (1864-1867) y otras de menos entidad, dan idea del movimiento científico y literario de la corte.

El de provincias, siempre ruín y desmedrado, sólo alentaba en el *Diario de Barcelona* y la *Revista de Cataluña*, en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, de Sevilla (1855-1860), y en periódicos anodinos y de efímera duración.

El yugo impuesto á la literatura española por la supresión de los Pirineos, que dijo Luis XIV, no se quebró al desaparecer de la escena el romanticismo, sino que seguía siendo de tan de bronce, tan autoritario y caprichoso como en el instante funesto en que abdicamos nuestra autonomía y recibimos el primer código del buen gusto.

La poesía lírica francesa continuó representada por el desterrado de Jersey, á quien no querían ni podían arrebatarse el cetro los parnasianos dirigidos por Teófilo Gautier, Teodoro de Banville, el autor de las *Odas funambulescas*, Carlos Baudelaire, el satánico pesimista de las *Flores del mal*, y Leconte de Lisle, cuya personalidad no se mostró de relieve hasta la publicación de sus últimas obras. Los cuatro poetas, unidos en medio de sus divergentes aspiraciones por el amor á la rima rica, á la habilidad técnica de la versificación, proceden á no dudarle de la escuela de Hugo, aunque aportase cada uno de ellos su respectiva nota individual, y juntos proclamaran un dogma que no causó desagrado al maestro. Todavía menos que esta labor colectiva alcanzó á perjudicarle en su dictadura la aparición de algunos ingenios aislados como Víctor de Laprade, cantor de la Naturaleza y satírico temible. La semejanza entre los precitados autores franceses y los líricos que he de presentar en los capítulos siguientes, es escasísima ó nula; como que apenas se leyó en España á los primeros hasta nuestros días. Lo que caracterizó á la poesía lírica nacional desde el año 1850 fué el regreso á las olvidadas tradiciones clásicas, así en sus fuentes latinas como en las castellanas de los siglos XVI y XVII, al mismo tiempo que continuaban las influencias del período romántico y las de algunos poetas alemanes é italianos como Heine y Aleardi.

En cambio nuestra literatura dramática reflejó sucesivamente el neoclasicismo de Ponsard y Latour de Saint-Ibars, y la tendencia filosófica de E. Augier, Dumas hijo y Victoriano Sardou, depurada de escorias é inmundicias, y regenerada por el espíritu cristiano. Gloria purísima es ésta que nadie podrá negar á los creadores de *El tanto por ciento* y *Lo positivo*; pero cómo no deplorar que aun ellos rindiesen parias á la moda de la imitación francesa, y que dos de las más geniales y primorosas obras de Tamayo estén inspira-

das en las de oscuros dramaturgos, inmensamente inferiores al refundidor? No hay para qué recordar el copioso número de piezas traducidas que inundaban nuestro teatro, los dramones espeluznantes, las despreciables farsas y hasta los libretos de zarzuela, pues todo el mundo sabe que los de Camprodón, verbigracia, están tomados del repertorio de Scribe.

La novela parisiense nos servía, en abundancia de platos, groseros manjares de figón que arreglaban á su modo los editores y los periodistas, atiborrando al público con páginas de Ponson-du-Terrail y otros folletistas de la misma cuerda, depravándose así el gusto de la muchedumbre indocta en los términos que indica un capítulo de la primera parte de este libro. El sentimentalismo y la distinción aristocrática de Octavio Feuillet encontraron buena acogida, aunque menos universal, pues sólo se vertieron al castellano tres ó cuatro de sus novelas, como también alguna de J. Sandeau y de Jorgé Sand en su segunda etapa. Contra las groserías realistas de E. Feideau protestaba con energía, en un artículo de 1858, el futuro autor de *El escándalo*, *El capitán Veneno* y *La pródiga*, D. Pedro Antonio de Alarcón, cuyas bellísimas historietas, lo mismo que las narraciones de Fernán Caballero, respiran originalidad y españolismo por todas sus líneas, constituyendo las unas y las otras el pedestal de oro sobre que se levantó después la novela contemporánea. Idéntico carácter de independencia, de amor patrio y sencillez primitiva resalta en los cuentos de Trueba, sin perjuicio de que fuesen celebrados en todas las naciones cultas.

En resumen: los vientos de la literatura transpirenaica nos trajeron copiosos gérmenes de destrucción, esterilizaron las aptitudes de más de un ingenio, corrompieron la vida moral é intelectual del pueblo español, que nada apenas le debió de sólido y fecundo en compensación de tan graves daños.

Con las influencias directas que acabo de reseñar se cruzaron las exteriores del movimiento político, social y religioso que distinguen y singularizan esta fase de nuestra historia contemporánea.

Desde que el arrojado general Narváez encadenó la fiera revolucionaria que en 1848 estuvo á punto de reproducir en la Península los horrores simultáneamente acumulados en las grandes metrópolis de la civilización europea por la demagogia cosmopolita, iniciase en España una reacción vigorosa y ascendente, representada en especial por el Ministerio Bravo Murillo (Enero de 1851—Diciembre de 1852), que mejoró la situación de la Hacienda y satisfizo las justas reclamaciones del sentimiento católico nacional por medio de un Concordato con la Santa Sede. La tradición de los partidos liberales no podía transigir con las represiones de una autoridad fuerte, y concluyó por obligarla á dimitir. Tras el breve mando de Roncali, Lerundi y el Conde de San Luis estalla la revolución del 54, principio del bienio progresista, y reaparece la política tumultuaria, demoledora y motinesca, á que puso fin el rompimiento entre Espartero y O'Donnell en 1856.

Desde esta fecha hasta el destronamiento de doña Isabel II alternan en el poder el partido moderado y el de la Unión Liberal, formada de elementos discordantes y sin doctrinas fijas, pero enemigos uno y otro de perturbaciones radicales y audacias extremosas, por lo cual se conciliaron los anatemas de los progresistas, que, alejados sistemáticamente del *turno legal*, concluyeron por declararse antidinásticos. A pesar del fermento revolucionario que desarrollaban los trabajos de esta agrupación y los de la naciente democracia; á pesar de las medidas avanzadas que adoptó el último Gabinete O'Donnell, las corrientes conservadoras tenían mucha fuerza y se acrecentaban con la misma oposición, imponiéndose al Trono y á los Gobiernos.

En la parte relativa á los intereses religiosos es bien ostensible la línea que separa la minoría y la mayor edad de Isabel II. La desamortización eclesiástica y la extinción de las corporaciones regulares; la guerra civil, en que la causa católica pareció identificarse con la de Carlos V; la hostilidad permanente del liberalismo y de la tradición, representan un estado de cosas que, sin cambiar de faz en absoluto, se modificó por grados aunque con inevitables intercadencias. Bastan á demostrarlo las distintas relaciones de nuestra monarquía constitucional con la Santa Sede durante los pontificados de Gregorio XVI y Pío IX.

Los libros de Ba mes, y la grandilocuente oratoria, así hablada como escrita, de Donoso Cortés y de Aparisi, con sus presagios é intuiciones, y hasta con sus sofismas de buena fe, despertaron del sueño del indiferentismo volteriano á una buena parte de la generación amamantada con las doctrinas de la Enciclopedia, y abrieron los ojos de muchos entendimientos extraviados á la luz de la verdad cristiana. Mientras en el orden exterior y político las armas españolas se ponían al servicio del Papa en 1848, y humillaban once años más tarde la soberbia del poder marroquí, haciendo reverdecer los laureles de la Reconquista al mágico grito de «Santiago, y cierra España»; mientras el Concordato de 1851, á despecho de las posteriores violaciones, servía de lazo de unión entre la Iglesia y el Estado, surge en el seno de las conciencias un movimiento análogo de conversión al Catolicismo, y en su defensa se unen la palabra y la pluma de esclarecidos ingenios.

La religión de nuestros padres, hondamente arraigada en las costumbres, en el idioma, en las leyes, en el hogar y en la vida pública, utiliza en la primera mitad del siglo presente el poder de la inercia, que conservó la energía acumulada por una serie de generaciones; pero tardó bastante en ceñirse la armadura para descender á la arena de la discusión, organizando la

resistencia contra los ataques del enemigo, y defendiendo sus alcázares con ejércitos de apóstoles laicos, mantenedores de una cruzada universal.

La ortodoxia militante, que recibió el nombre de neocatolicismo, participó en España del mismo espíritu que en Italia y Francia, influyendo no poco en nuestra literatura. La descarada franqueza con que se exhibían las negaciones racionalistas, así en la enseñanza de las Universidades, donde plantó sus tiendas el krausismo, como en los periódicos y en el Parlamento, invadidos por la democracia librepensadora, contribuyeron á que la lucha arreciara por una y otra parte, extendiéndose á todos los órdenes de la actividad intelectual. En el literario predominó hasta la revolución de 1868 la tendencia católica, á la cual obedecieron inconscientemente hasta los defensores de las nuevas ideas, como Ayala, aparte de aquellos que, como Selgas, Fernán Caballero, Trueba y Tamayo, no necesitaban ser inconsecuentes para seguir este camino, y en quienes estaban de acuerdo el corazón y la cabeza, el instinto y las convicciones ¹.

¹ La división que establezco entre el período que antecede y el que sigue á la revolución de Septiembre no alcanza á todas las agrupaciones literarias, y por eso estudiaré desde luego íntegramente aquellas en que no han influido las vicisitudes de la política.

